

El Josefino[®]

Nº 75 Marzo 2025
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

"NAZARET"

Pág. 6

STA.
ISABEL DE
LA TRINIDAD
Y SAN JOSÉ

Pág. 12

"Con razón eres amado".
(Cant. 1, 4)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
BENDITO SEAS SAN JOSÉ	4
“NAZARET”	6
POR SAN JOSÉ A LA VIRGEN	10
STA. ISABEL DE LA TRINIDAD Y SAN JOSÉ	12
“SAN JOSÉ: EL CAMINO MÁS CORTO PARA LLEGAR A MARÍA”	14

Estimados Josefinos:

Las principales fuentes de información sobre la vida de San José son los primeros capítulos del Evangelio de San Mateo y de San Lucas.

En los relatos no conocemos palabras expresadas por él; tan sólo conocemos sus obras, sus actos de fe, amor y de protección como padre responsable.

Es un caso excepcional en la Sagrada Biblia: Un santo al que no se le escucha ni una sola palabra... Es, pues, el “*Santo del silencio*”. Su santidad se irradiaba desde antes de los desposorios. Es un “*escogido*” de Dios.

Desde el principio recibió la gracia de escuchar y comprender los mandatos

del Señor. No es que haya sido una de esas personas que no pronunciaban palabra; fue un varón santo que cumplió aquel mandato del profeta: “*Sean pocas tus palabras*”. Es decir, su vida sencilla y humilde se entrecruzaban con su silencio integral, que no significaba mero mutismo, sino el mantener todo su ser encauzado a cumplir el Plan de Dios, con dominio de sí.

San José, patrono de la vida interior, nos enseña con su propia vida a orar, a amar, a sufrir, a actuar rectamente y a dar gloria a Dios con toda nuestra vida.

La Redacción.



Oración

A SAN JOSÉ

BENDITO SEAS SAN JOSÉ

Bendito seas
San José,
que fuiste testigo
de la Gloria de
Dios en la tierra!

¡Bendito sea
el Padre Eterno
que te escogió!

¡Bendito sea
el Hijo que te amó
y el Espíritu Santo
que te santificó!

¡Y bendita sea
María
que te amó!

AMÉN

Meditación JOSEFINA

“Nazaret”

Quando la Virgen y San José encontraron al Niño Jesús en el Templo, volvieron con Él inmediatamente a Nazaret y allí, durante treinta años seguidos, permaneció trabajando bajo las órdenes de San José, obediéndolo en todo cuanto le mandaba.

Contemplemos con los ojos de nuestra imaginación aquella Santa Casa; trasladémonos mentalmente a Nazaret; arrodillémonos humildemente a la puerta de aquel feliz y sagrado hogar y observaremos con devoción muchas cosas sencillas pero “grandes” a la vez.

Procuremos escuchar y recoger en nuestros corazones algunas palabras de la Sagrada Familia como precioso recuerdo de nuestra “visita” a la Santa Casa. No se trata de una ojeada superficial, vaga e incierta; ni de una mirada ligera, rápida y distraída, sino de un examen serio y atento, de

un estudio prolongado, para que nada escape a nuestra atención, ni siquiera los menores detalles de aquella vida de la Sagrada Familia a la que tenemos que imitar.

Contemplemos con solicitud y, sobre todo, con *amor*; saquemos provecho de cuanto vamos a ver y no nos cansaremos de mirar nunca.

Lo que en primer lugar nos impresiona en la Casita es la pobreza y luego su “escrupulosa” limpieza. Todo está debidamente colocado en su sitio y por todas partes reina el orden más perfecto. También en el taller de San José. Los Tres oran, trabajan...Pero, sobre todo, ¡qué silencio tan grande...!

He aquí lo que se experimenta a la primera ojeada en esta Santa Casa...

Hasta aquí no hemos hecho sino tender una mirada superficial y hacer, por decirlo así, una ojeada rápida, sin detalle...¡Acerquémonos unos pasos más y, sin penetrar aún



en la santa casa, miremos más de cerca y contemplemos a las tres Personas que la habitan...! Cuando hayamos observado su “porte”, su ocupación y cuanto hacen allí, entremos mejor en sus corazones para “estudiar” sus más íntimos y secretos pensamientos...

Fijemos nuestra mirada en el cabeza de familia. Sí, San José, el descendiente de reyes, el justo del Señor y su fiel custodio... Sí, ese humilde artesano que vemos trabajar con la frente bañada en sudor es el “amo” del Hogar.

San José, en el hogar de Nazaret, lo dirige todo; su voluntad, unida a la de Dios, es la única regla.

Todas las virtudes brillan en él pero, sobre todo, la de la obediencia. Todo su ser obedece al “Padre”. Jesús, al igual que su padre José, también obedece ¿a quién y en qué?... No podremos menos de admirar, en silencio, a Jesús que, a la primera palabra de San José y a una simple señal de la voluntad del artesano, va y viene en el taller; unas veces es una herramienta que necesita San José, otras afilar la de más allá; luego recoger las astillas, como se lo indica su padre y ponerlas a un lado. ¡Cómo ayuda Jesús a San José trazando una línea en una tabla que tienen que aserrar...! ¡Cómo sabía Jesús que,

para aprender algo, era necesario obedecer...!

¿Quién entre los hombres habría imaginado jamás este destino para un Dios hecho hombre y un medio para salvar a la humanidad? ¡Obedecer, siempre obedecer! ¡Humillarse más y más!

Pero volvamos de nuevo al silencio que reina junto a San José. ¡Qué paz tan grande en esta soledad! Cuando él habla a su hijo lo hace de una manera suave y modesta...

¡Su conversación siempre en los cielos! Allí no hay palabras inútiles, conversaciones vanas o mordaces; todo cuanto en el hogar de Nazaret se oye está inspirado en la caridad; aquellas “tres bocas” hablan de la abundancia del corazón y los corazones están llenos de amor a Dios.

San José fue el “guardián” de su Dios; él le alimentó, protegió y salvó en los días de su vida mortal. Sus servicios fueron no solamente útiles, sino hasta necesarios al Divino Jesús durante treinta años. El Dios Omnipotente, en el día de la elección santa y de los primeros misterios de la vida de Jesús, parece haber dirigido a San José aquellas palabras dichas por la hija del Faraón a la madre de Moisés niño: *“Toma este niño, vela por él; aliméntalo*

y yo te daré la recompensa...” (Ex. 2,2). Y San José lo tomó, veló por él y lo cuidó y... ¡con qué prudencia y abnegación, con qué valor y cariño!

Fue fiel en su custodia y digno de la recompensa merecida, que no podría ser otra sino Dios mismo, el cual se encargó de glorificarlo.

¡Cuántas otras enseñanzas podríamos encontrar en la vida de San José! Después de haber aprendido a orar, a trabajar y a sufrir, nos enseñaría el glorioso Patriarca cómo se puede amar y cómo se puede morir santamente junto a Jesús y María. Y, en estas lecciones, no solamente sería nuestro maestro y modelo, sino también poderoso protector, guía y ayuda.

Recojámonos dentro de nosotros mismos y, postrados ante él, dirijámonle una mirada de gratitud y amor, él hará con nosotros según hayamos esperado.

Y si queremos aprender verdaderamente las grandes virtudes de la vida ordinaria, dirijamos siempre nuestra mirada a la mejor de las escuelas:

¡Nazaret!



Por San José a la VIRGEN

¡Cuántas veces los has contemplado...!: Él llevando de la cuerda a la asnilla... Ella recogida, transparentando al Divino Redentor que lleva en su seno camino de Belén...

“¡Dos jóvenes esposos...!”

¿Has pensado hondamente en que San José es el Esposo de la Madre de Dios?

¡Lazos entre esposos dicen: Amor, confianza sin límites, entrega total, purísima, espontánea, confiada...!

¡Cuánto debe la Virgen a San José: Su custodio, el testigo y garante de su virginidad, su apoyo, su... paño de lágrimas! ¡Todo...!

La gratitud de la Virgen no se apagó con la vida de San José en Nazaret. Su agradecimiento es ahora eterno...

Y Ella es “el Canal” por donde el Corazón de Cristo derrama sus Tesoros...

Pídele hoy lo que más te interesa:
¡Escúchame, gloriosísimo San José!
¡Acude a tu Esposa, háblale de mí, de mis necesidades...!

¡San José, Esposo de la Madre de Dios!...

¡Ruega por nosotros!





Isabel Catez, *Sta. Isabel de la Trinidad*, nació el 18 de julio de 1880 cerca de Bourges (Francia).

Tenía un alma sensible a la música y la naturaleza, hermosuras que la unían siempre a Dios.

Isabel deseaba ser carmelita, pero su madre se lo prohibió hasta los 21 años.

Leyendo a Santa Teresa, siente una gran "sintonía". Empezó a atraerle la espiritualidad carmelitana. También le ayudó mucho la lectura de *la Historia de un alma*, donde Santa Teresita del Niño Jesús, recién fallecida, "la impulsó" -dice ella- *en el camino de la confianza en Dios*.

El 2 de agosto de 1901, ingresó en el Carmelo de Dijon, Francia, con el nombre de *Isabel de la Trinidad*. La Madre Germana sería su priora, maestra y, finalmente, admiradora y discípula.

Isabel vivirá una vida completamente ordinaria, una vida de fe, sin revelaciones ni éxtasis. Sin embargo, enseguida llama la atención de toda la comunidad la fidelidad y entrega de la joven. Ella, a su vez, se sumerge en la lectura y profundización del Nuevo Testamento,

fundamentalmente en las Cartas de San Pablo y de San Juan de la Cruz.

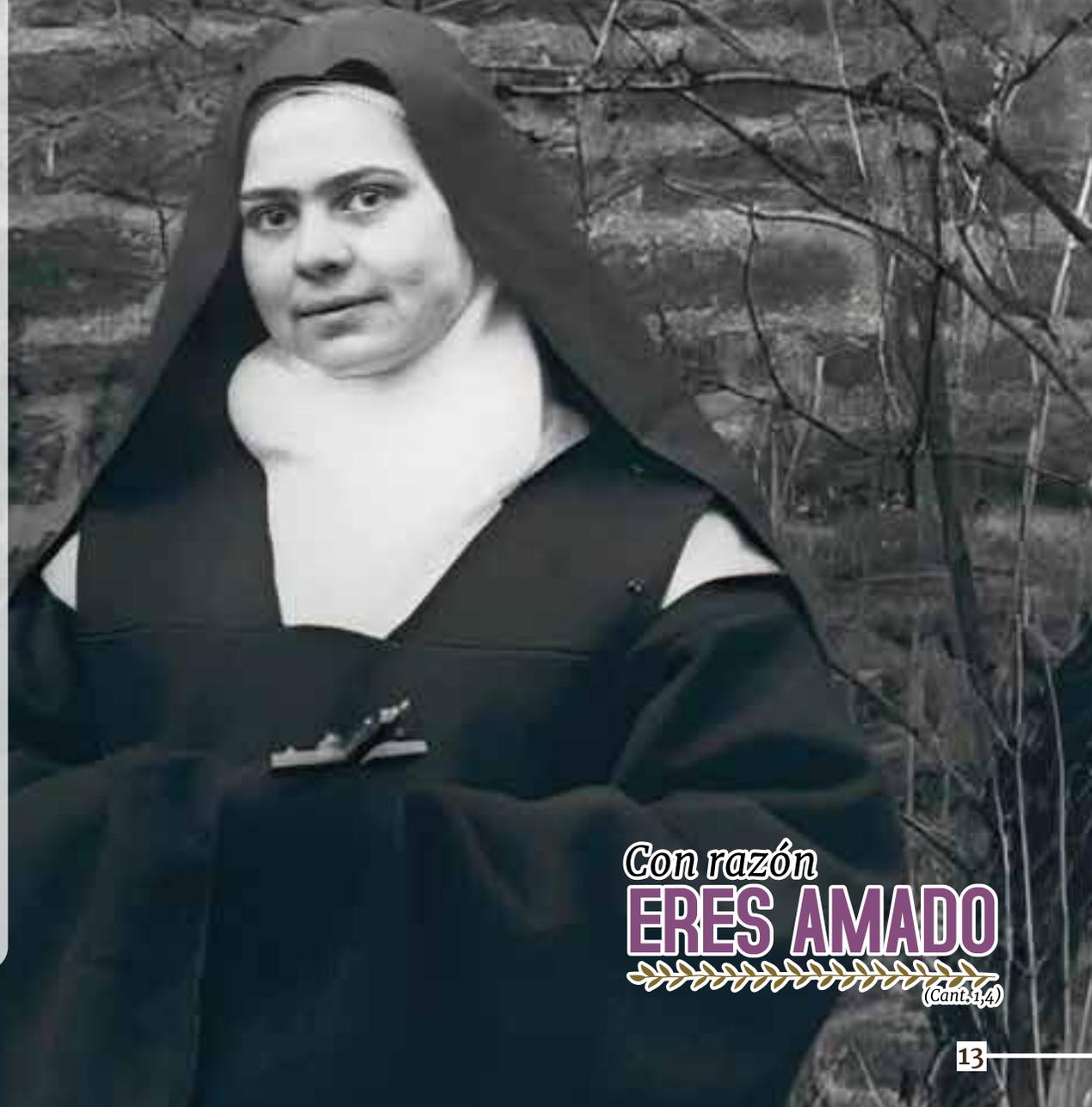
Leyendo a San Pablo, descubre una intensa llamada a ser *Alabanza de Gloria de Dios Trino* en cada instante del día, viviendo en una constante acción de gracias. Llega a tener tal identificación que al final de su vida firma algunas cartas con ese nombre: "*Laudem Gloriam*".

En la cuaresma de 1905, Isabel enferma y tras una penosa y larga enfermedad, muere el 9 de noviembre de 1906. Sus últimas palabras fueron: "*Voy a la Luz, al Amor, a la Vida*".

Por dos veces confiesa en su diario de marzo de 1899 que **tiene mucha devoción a San José**. Dice ella: "**He comulgado esta mañana porque hoy comienza el Mes de San José. Es el santo de mi gran confianza. Le he suplicado me ayude a conseguir la conversión de este pecador...**"

Al final de su vida, el 1 de enero de 1906, la comunidad, siguiendo la costumbre carmelitana, sacó por suerte su patrón para el año que comenzaba. A la santa **le tocó San José** y reacciona ante toda la comunidad con estas palabras, expresión de su devoción al Santo Patriarca: "**San José es el patrón de la buena muerte, viene a buscarme para llevarme al Padre. Ya sabía yo que San José vendría a buscarme este año. Ya está aquí...**"

Sta. Isabel de la Trinidad y San José



Con razón
ERES AMADO
(Cant. 1,4)

Josefología

“San José: El camino más corto para llegar a María”

San José es el camino más corto y seguro para llegar a la Virgen, Mediadora de todas las gracias. Así lo pide el orden natural de las relaciones entre San José y Ella.

Dios ha puesto en las manos de María todas las gracias; pero la Virgen, después de Dios, a nadie debió amar más que a San José, su esposo, que la ayuda, dirige y gobierna, y a quien está sometida.

¿Quién puede calcular la fuerza de la súplica dirigida por San José a la Virgen, su esposa? De aquí la comparación que se complacen en repetir los autores: Como Cristo es el Mediador único ante el Padre, y el camino para llegar a Cristo es María, su Madre, así el camino seguro y casi necesario para llegar a María es San José: *De San José a María, de María a Cristo y de Cristo al Padre*. Es la escala a seguir. Cristo presenta al Padre sus llagas, María muestra al Hijo su amor maternal, San José presenta a ambos los callos de sus

manos y todos los trabajos que por ellos padeció.

De donde se ha de esperar que en todo cuanto pida San José a su Hijo Jesús, nunca sufrirá repulsa.

San José, pues, por su mayor gracia y caridad, desea más nuestro bien y ruega mucho más por nosotros. Por su mayor gloria e íntima unión con Jesús y María, sus oraciones son mucho más eficaces; como que pone en ellas un cierto tono de autoridad que no comprendemos pueda ser desatendido.

Nuestra afirmación, pues, no es exagerada al decir que su *patrocinio es el más excelso y poderoso* entre todos los patrocinios de los santos.

(“Teología de San José”
P. Bonifacio Llamera,
O.P. P. III, c.1. BAC)





*“Para imitarlo no
tenemos que hacer más
que una cosa:
Abandonarnos en las
manos de Dios”.*

(P. Rodrigo Molina)



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>